

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Buscando el remedio

Veníamos de oír a los sabios del mundo.

Ante la inminente gravedad del caso, habían sido llamados a consulta.

He aquí sus remedios: querían un impuesto exorbitante sobre la fortuna; otros la participación en los beneficios; este abogaba por la división del suelo; aquél pretendía el reparto de todos los bienes.

Los sabios se perdían en mil divagaciones y conjeturas, y toda su ciencia resultaba impotente para calar las raigambres del mal.

Eran dos asquerosas llagas abiertas en lo más hondo del alma.

Por una parte la ambición; por otra el egoísmo que había matado el amor al prójimo.

Para curar el mal se hacía preciso cambiar el corazón.

Y la sabiduría de los hombres no había logrado todavía dar un paso en las Interioridades del alma.

Nos hirió de lleno la luz potente de la Iglesia Católica.

«Hay que pensar en la reforma interior de los corazones; porque sin esto, los demás medios serán estériles.»

«La reforma interior de los corazones!»

A ningún sabio se le había ocurrido que el remedio del mal estaba en la reforma interior.

El reparto de bienes, la división de suelo, el cambio de régimen, qué venían a ser estas cosas para aliviar los sufrimientos, si seguían allí, devorando el alma, la ambición y el egoísmo?

El único que puede restañar las heridas, el único que puede salvar al mundo—decía la Iglesia—es Cristo.

Había, pues, que ir a Cristo como quien lleva alas en los pies.

La sociedad, harta de errar, se presentó, por fin, al Divino Maestro.

Y oyó el remedio de sus celestiales y benditos labios.

El quería un justo reparto de bienes, pero no por fuerza; lo quería por la reforma interior del corazón.

«No queráis atesorar para vos otros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consume, y en donde los ladrones os desentieran y roban. Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume polilla ni ladrones los roban. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón.»

Es una curada una llaga.

El Salvador seguía entrando en el alma por todas las puertas; iba en busca del egoísmo.

«Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento.» Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: «Amarás a tu prójimo como a tí mismo.»

La sociedad siguió un día... un día tan sólo esta doctrina y el mal social desapareció de la tierra.

Hugo MORENO.

Padre nuestro...

No se le llama a Dios omnipotente cuando en esta oración santa le hon-

(ramos)

con otro nombre augusto le invocamos con el de Padre dulce y providente.

Su grandeza infinita y sorprendente nos inspira temor, sólo le amamos, y el corazón entero le entregamos, por ser de Caridad eterna fuente.

A ese hermoso atributo, reador mío me acojo al dirigirte mis plegarias porque con toda el alma en tí confío.

Pues si a veces parece que me hie-

(res,

en mis flaquezas y miserias varias, an es que mi Señor, mi Padre eres.

FRANCISCO

Estudios Sociales

EL OBRERO Y EL TRABAJO

El incremento cada vez mayor de las sociedades obreras invita a fijar en ellas y en sus ideales alguna atención.

Las sociedades obreras son para otro fin distinto del que en la actualidad se les da casi exclusivamente, que no es otro que el hacerlas arma para la conquista

del ideal de algunos directores suyos, que unas veces es político, otras económico y otras, las dos cosas al mismo tiempo.

Los obreros, entusiasmados con lo del aumento de «Jornal» y disminución de «Trabajo», siguieron a ciegas las enseñanzas de sus maestros, metiéndose en un atolladero tal que ya no les es posible librarse de él sin una retractación eficaz de su conducta, es decir, sin que se trabaje más, a fin de obtener mayor producción.

En vano ya los promotores del movimiento obrero se esfuerzan para que los obreros les sigan, pues no lo conseguirán, teniendo, como tienen en contra, la opinión más sana y general, sin exceptuar la de muchos operarios socios que ven la imposibilidad de cobrar mucho rebajando a a vez horas de trabajo.

Tampoco se les oculta ya a muchos obreros, porque palpan sus consecuencias, que el «mayor jornal» unido al «menos trabajo» no puede menos de gravar las manufacturas y demás objetos comerciales, cuyo aumento de coste necesariamente tiene que repercutir en el mercado.

Comprende perfectamente el obrero sensato, que su situación económica tiene que empeorar, mientras se agoten los puestos de producción con la disminución de horas de trabajo, a pesar de las mejoras obtenidas en sus salarios.

T. M.

El soviet de Cascajales

Recibiendo órdenes de Barcelona, el soviet de Cascajales se proclamó en el invierno pasado en dicha importante villa, situada en medio de una sierra, que contaba con cinco mil vecinos, un centro sindicalista y una fama de brutos colectiva. Lean ustedes, que es histórico.

—¡A y papaito de mi alma!
—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?
—Que se ha declarado el soviet en Cascajales.

—¡Jesús!
—Verá usted. A las ocho de la noche todos los hombres se echaron a la calle, asaltaron el Ayun-

tamiento, acorralaron a los civiles, cortaron el telégrafo y se fueron a la plaza dando vivas a la República y a los bolcheviques.

Así era en efecto; el presidente de la sociedad, según órdenes de Barcelona, debía realizar todo lo dicho sin pérdida de tiempo. No había cuidado. El golpe era certero. Toda España estaba igual y ya habían sido transmitidos órdenes para que Tortosa, Valencia, Nievar y Aguas Altas proclamaran la República.

El señor presidente repanchingado en la sala del cabildo dió principio a su discurso:

Compañeros: Ha llegado la hora a los trabajadores. En campo es nuestro, y ahora les toca largar el zabo. ¡Viva la República! ¡Vivan!

El comité anteje hoy va a tomar las medias opertuna pa que coman los pobre...

A las nueve y la noche to er mundo aquí. Er que tenga una escopeta que la traiga; er que tenga una faca ar cinto; er que no tenga má que una joz, con ella en la mano, y al avío. Er menos tó defenderse, compañero.

Efectivamente, a las nueve aquello era un horniguero con escopetas, facas, hoces, palos, etc. Sobresalían entre aquel a manada de foragidos dos mujeres desgreñadas y sucias, la Esgrañá y la Clavícula por apodo, las cuales, por sus gritos y ademanes, eran las que más alborotaban.

—Muchachos, primeramente a la boega der Mirlo a remojá er gaznate.

El Mirlo que vió venir aquella nube cerró la puerta, que a fuerza de culatazos abrieron, y tuvo que repartir el vino, humilde como un cordero, y gratis.

—¡Muchachos, a casa e don Manuel!

Don Manuel, rico propietario, tenía su casa cerrada como un fuerte. Nada le valió. Tiró unas cuantos tiros, y como si nada. Unas veces potibula las gritaron:

—¡Don Manuel, abra usted o le damos jamazo como a los zorros! Don Manuel tuvo que abrir aterrado.

—¿Qué se ofrece?
Se le anunció la voz en la garganta a los primeros y al mismo presidente, tosieron y exclamaron: